

resplandor; somos la enfermedad, y Él es salud robusta; somos la escasez y Él la infinita riqueza; somos la debilidad, y Él nos sustenta, *quia tu es, Deus, fortitudo mea*, porque siempre eres, oh Dios mío, nuestra fortaleza” (ECP, 80).

Algunas homilias son más narrativas, de mayor desarrollo conceptual y utilizan más la parábola (“pequeños relatos y descripciones que producen una pausa en la exposición y cumplen la función pictórica de hacer ver –revivir o vivir, en el caso de las escenas evangélicas– aquello a que el autor alude como referencia”, ALONSO SEOANE, 2002, p. 156) al servicio de la aprehensión de lo sobrenatural. Pero todas la usan en mayor o menor medida: “En una ocasión vi un águila encerrada en una jaula de hierro. Estaba sucia, medio desplumada; tenía entre sus garras un trozo de carroña. Entonces pensé lo que sería de mí, si abandonara la vocación recibida de Dios” (ECP, 11).

Viveza, claridad expositiva, ausencia de innecesarios nexos subordinantes son los recursos para hacerse entender por parte de un autor cuya presencia en el texto es habitual, a veces de modo oblicuo. De ahí la sensación de vida que producen estas homilias, cuyo destinatario queda también recogido mediante interrogaciones retóricas, exclamaciones, súplicas. O la primera persona del plural o el “tú y yo” que engloba emisor y destinatario: “¿Cómo va tu vida de oración? ¿No sientes a veces, durante el día, deseos de charlar más despacio con Él? ¿No le dices: luego te lo contaré, luego conversaré de esto contigo?” (ECP, 8). Lenguaje familiar, expresiones vivas, coloquiales; términos absolutos para expresar la infinitud del amor divino, junto a adverbios como “aquí, ahora, hoy” porque la santidad siempre es tarea concreta, de la vida cotidiana. Para comunicar la experiencia sobrenatural reelabora la literatura ascético-mística con un toque original, aunque utilizando sus recursos (antinomía, metáfora, imagen, alegoría),

de origen evangélico o de cuño propio: “El amor trae consigo la alegría, pero es una alegría que tiene sus raíces en forma de cruz” (ECP, 43).

Voces relacionadas: Escritos de san Josemaría: Descripción de conjunto.

Bibliografía: María José ALONSO SEOANE, “Homilias y escritos breves. Algunos aspectos de retórica literaria”, en Miguel Ángel GARRIDO GALLARDO (coord.), *La obra literaria de Josemaría Escrivá*, Pamplona, EUNSA, 2002, pp. 151-174; Cornelio FABRO, “Via crucis: la contemporaneidad del cristiano con Cristo”, en *ibidem*, pp. 175-187; François GONDRAND, “La intención y el género literario en *Camino*”, en *ibidem*, pp. 57-86; Antonio VILARNOVO, “Santo Rosario: escena y contemplación en el discurso”, en *ibidem*, pp. 87-138; Constantino ÁNCHEL (dir.), *En torno a la edición crítica de Camino*, Madrid, Rialp, 2003; Ignacio ARELLANO, “Camino: la edición crítico-histórica de Pedro Rodríguez”, en *ibidem*, pp. 101-107; María CABALLERO, “Camino: el molde epistolar al servicio de la literatura religiosa”, en GVQ, II, pp. 237-247; François GONDRAND, “Les marques de l’oralité dans *Camino*”, en *ibidem*, pp. 249-278; José Miguel IBAÑEZ-LANGLAIS, *Josemaría Escrivá como escritor*, Madrid, Rialp, 2002; Pedro RODRIGUEZ, “Género literario, finalidad y estructura de *Camino*”, CECH, pp. 153-166; Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, “Semblanza y estilo”, en *El Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1983, pp. 405-444.

María CABALLERO WANGÜEMERT

ESTUDIO

1. Importancia del estudio para el crecimiento intelectual.
2. Estudio y vida interior.
3. El estudio en orden a la formación profesional y cultural.
4. Estudio y desarrollo de la personalidad.

“Si has de servir a Dios con tu inteligencia, para ti estudiar es una obligación grave” (C, 336). En su comentario a este punto de *Camino* subraya Pedro Rodríguez el “carácter central del estudio, de la actividad científica y del trabajo en general”,

por una motivación “teológica, espiritual y apostólica”, tanto respecto a las profesiones cualificadas, como para los universitarios, como para los intelectuales, como para todo quehacer profesional (cfr. CECH, pp. 504-505). El estudio es, en efecto, un elemento fundamental para adquirir la debida competencia profesional, para mejorar la propia capacitación en las tareas que cada uno desarrolla.

La importancia del estudio cobra relieve si se tienen en cuenta el amor y el servicio a la verdad: “Con el estudio, serás capaz de exponer los motivos de tu certeza: de que no hay contradicción –no la puede haber– entre Verdad y ciencia, entre Verdad y vida” (S, 572). La búsqueda y contemplación de la verdad es, en efecto, lo que hace del estudio un instrumento imprescindible para el crecimiento intelectual, para el perfeccionamiento de la vida espiritual, para alcanzar el prestigio en el trabajo profesional y, finalmente, en orden al desarrollo de la propia personalidad. De ahí que haya podido escribirse, comentando el valor del estudio en san Josemaría: “El estudioso posee un rico panorama mental... que no le satisface, y levanta el espíritu, busca las dimensiones del mundo y se convence de que son pequeñas. El estudio es camino hacia Dios” (ALBAREDA, 1966, p. 431). Siendo esto así, se comprende que ya en el tercer punto del capítulo de *Camino* dedicado al estudio se lea: “El estudio, la formación profesional que sea, es obligación grave entre nosotros” (C, 334).

1. Importancia del estudio para el crecimiento intelectual

En los veintiocho textos del capítulo “Estudio” de *Camino*, “entre consideraciones doctrinales y aplicaciones prácticas, Josemaría Escrivá desarrolla una teología y una moral del estudio que es un verdadero vademécum para guiar la conducta de los profesores, de los investigadores y de los alumnos universitarios” (FONTÁN, 2002, p. 19). Esta teología y moral del estudio se in-

serta esencialmente en un concepto clave dentro de la doctrina de san Josemaría, y sin el cual no es posible la comprensión de su mensaje: la “unidad de vida”, categoría central en su pensamiento. El estudio, en efecto, supone un compromiso con la verdad, lo cual requiere a su vez una actitud vital fundamental, que puede resumirse sosteniendo que el esfuerzo por alcanzar la verdad comporta “la lucha por adecuar a ella la propia vida” (CASTILLO, 2002, p. 174).

El estudio, encuadrado dentro de la doctrina sobre la unidad de vida, conduce a la mejora intelectual del ser humano que se afana en la búsqueda de un saber, el cual debe conducir al desvelamiento del significado más profundo de la realidad, revirtiendo entonces en el propio crecimiento. Por esto –subrayaba san Josemaría– “en el momento en que aprendemos algo, descubrimos otras cosas que ignorábamos y que constituyen un estímulo para continuar el trabajo sin decir nunca basta” (AD, 232); se produce de este modo un crecimiento que es intelectual y personal a la vez.

Todo lo cual reclama que la persona que estudia crezca en su dimensión no solo especulativa, sino también moral y espiritual: sin ello, el estudio corre el riesgo de desembocar en mera erudición. En un cristiano implica además ahondar racionalmente en las doctrinas de la fe, que comportan desentrañar el significado de la más profunda e íntima verdad sobre la persona humana y su relación con Dios (cfr. AD, 26). De este modo el estudio, el amor a la verdad y la unidad de vida se entrelazan en la conciencia de la filiación divina que anima la espiritualidad de la doctrina de san Josemaría.

La persona crece al dignificar las ideas aprendidas desde la perspectiva mencionada, y la inteligencia se hace “capaz de entender y adorar a Dios” (C, 367). Se descubre entonces, en el fondo de este mensaje, la mentalidad católica y universal que alienta la enseñanza sobre el estudio;

sobre todo cuando él mismo transcribe algunas características de esta mentalidad: “–Amplitud de horizontes, y una profundización enérgica en lo permanentemente vivo de la ortodoxia católica; –Afán recto y sano –nunca frivolidad– de renovar las doctrinas típicas del pensamiento tradicional, en la filosofía y en la interpretación de la historia...; –una cuidadosa atención a las orientaciones de la ciencia y del pensamiento contemporáneos” (S, 428).

A la luz, entonces, del mismo designio divino sobre toda la creación, la razón humana –abierta más allá de los límites de su subjetividad– puede reconocer la condición de creadas, y por tanto la referencia a Dios de la que todas las cosas del mundo son portadoras: el hombre “desvela la palabra divina que yace inconsciente en ellas, la palabra creadora” (ARANDA, 1990, p. 104). Iluminada la inteligencia desde esta verdad, el obrar del ser humano en este mundo es visto a través de un nuevo prisma, a partir del cual se comprende que es camino para su fin eterno y trascendente: “La fe cristiana, (...) nos lleva a ver el mundo como creación del Señor, a apreciar, por tanto, todo lo noble y lo bello, a reconocer la dignidad de cada persona, hecha a imagen de Dios” (ECP, 99).

2. Estudio y vida interior

“Está bien que pongas ese empeño en el estudio, siempre que pongas el mismo empeño en adquirir la vida interior” (C, 341). En estrecha continuidad con el crecimiento intelectual, el estudio engarza con la propia vida interior del hombre que busca la verdad. De ahí que san Josemaría señalara la necesidad de una “preocupación general del alma fiel por alcanzar la más profunda significación de este mundo, que es hechura del Creador. (...) Si el mundo ha salido de las manos de Dios, si Él ha creado al hombre a su imagen y semejanza (Gn 1, 26) y le ha dado una chispa de luz, el trabajo de la inteligencia debe –aunque sea con un duro trabajo– desentrañar el

sentido divino que ya naturalmente tienen todas las cosas; y con la luz de la fe percibimos también su sentido sobrenatural, el que resulta de la elevación al orden de la gracia” (ECP, 10).

Desde esa perspectiva de comprensión racional de la fe, el estudio es entendido, en el mensaje de Escrivá de Balaguer, como realidad que incide en la propia vida interior del cristiano. Efectivamente, “decía a los universitarios que para ellos estudiar era una obligación grave, y que una hora de estudio, para un estudiante cristiano, tenía el valor espiritual de una hora de oración” (FONTÁN, 2002, p. 18). Así se lee en el punto 335 de *Camino*: “Una hora de estudio, para un apóstol moderno, es una hora de oración”. En coherencia con la categoría antes mencionada de la unidad de vida, fundada en el reconocimiento de la propia condición de creadas que poseen todas las cosas, y la filiación divina, toda actividad corriente, pero el estudio de un modo especial, contribuye a la edificación de la vida espiritual, la cual se expande en forma de apostolado en medio del mundo. Ese es a nuestro juicio el contexto de las siguientes reflexiones del autor: “Pon un motivo sobrenatural a tu ordinaria labor profesional, y habrás santificado el trabajo” (C, 359): “Estudio, trabajo, deberes ineludibles en todo cristiano (...). Son arma fundamentalísima para quien quiera ser apóstol en medio del mundo” (S, 483); “Hay que estudiar..., para ganar el mundo y conquistarlo para Dios” (S, 526).

El estudio, que está en estrecha conexión con el propio trabajo profesional, lo está también con el cumplimiento de la misión cristiana y con el encuentro personal con Dios, siempre que se realice en un clima de apertura a la verdad y a Dios, fuente de toda verdad: “Entonces, elevaremos el plano de nuestro esfuerzo, procurando que la labor realizada se convierta en encuentro con el Señor, y sirva de base a los demás, a los que seguirán nuestro camino... –De este modo, el estudio será

oración” (S, 526). Y en otro lugar: “Estudiante, aplícate con espíritu de apóstol a tus libros, con la convicción íntima de que esas horas son ya, ¡ahora!, un sacrificio espiritual ofrecido a Dios, provechoso para la humanidad, para tu país, para tu alma” (S, 522). Vivido así, se manifestará que “entre la oración y el trabajo no debe haber solución de continuidad” (S, 471).

3. El estudio en orden a la formación profesional y cultural

En la dirección apuntada se enmarca la invitación que informa la doctrina de Escrivá de Balaguer al “apostolado profesional”: “Sólo te preocupas de edificar tu cultura. Y es preciso edificar tu alma. Así trabajarás como debes, por Cristo: para que Él reine en el mundo hace falta que haya quienes, con la vista en el cielo, se dediquen prestigiosamente a todas las actividades humanas y, desde ellas ejerciten calladamente –y eficazmente– un apostolado de carácter profesional” (C, 347). De ahí que, en el contexto de unidad de vida, se hallen entrelazados el estudio, la formación profesional y cultural y el fin último del ser humano que no es otro que la santidad.

Como se ha citado anteriormente, el punto 334 de *Camino* concluye con la siguiente indicación: “El estudio, la formación profesional que sea, es obligación grave entre nosotros”. Esa “obligación grave”, referida ahora a “la formación profesional que sea” se halla engarzada en el conjunto del mensaje de san Josemaría, y es que “el esfuerzo por aprender y capacitarse es una pieza clave en el edificio de la santidad” (RUIBAL, 2002, p. 65). Para esa capacitación profesional, relacionada con el estudio se requiere un profundo amor a la verdad, tal como se ha escrito al hablar de su visión de la universidad como servicio a Dios y a las almas: “Amor a la verdad: inteligencia puesta al servicio de ese amor; amplitud de miras; universalidad de horizontes; intensidad en el estudio; afán por comunicar los logros adquiridos” (CASTILLO, 2002, p. 157).

El estudio se integra entonces dentro de la necesaria preparación cultural que se precisa para vivir como católico en el mundo contemporáneo; además, dirige la formación profesional hacia ese afán siempre renovado de un prestigio profesional “para quien quiera ser apóstol en medio del mundo” (S, 483). De este modo sus enseñanzas aparecen acordes con las indicaciones del Concilio Vaticano II, que animaba a los laicos a ordenar los asuntos terrenales y temporales, conforme al orden divino (cfr. LG, 31). Tal ordenación, en el conjunto de su mensaje y de su obra, no sería posible sin la adecuada y continua formación profesional y cultural que proporciona el estudio de cualquier tema que se presenta como tarea en la vida diaria de quien vive en medio del mundo; animaba así a hacer la siguiente reflexión: “El estudio, el trabajo, es parte esencial de mi camino. El descrédito profesional –consecuencia de la pereza– anularía o haría imposible mi labor de cristiano. Necesito –así lo quiere Dios– el ascendiente del prestigio profesional, para atraer y ayudar a los demás” (S, 781).

4. Estudio y desarrollo de la personalidad

“Estudiar es servir” (NIETO, 1979, p. 54). Y otro autor: “El estudio tiene la misma fuerza santificadora de toda actividad humana y una característica propia: que su objeto inmediato es la verdad. Y tanto una cosa como la otra tienen un influjo directo en la persona que se dedica al estudio, en la sociedad y en la Iglesia” (RUIBAL, 2002, p. 67). En el marco de la doctrina del fundador del Opus Dei, el estudio abarca no sólo la dedicación a la propia competencia profesional, sino también a la formación cultural, con objeto de penetrar con la verdad la vida social, y con la finalidad del perfeccionamiento de la propia personalidad, que se alcanza mediante el desarrollo de la inteligencia especialmente cuando se refiere al encuentro con Dios, cuando se desentraña el sentido divino de las cosas creadas y de

todos los saberes. Y el hombre mismo, en el desarrollo de su personalidad, redescubre dentro de sí la huella del amor divino en su condición de imagen y en la libertad de su obrar. “El que de verdad tiene espíritu y actitud de aprender, se da cuenta de la profunda unidad de todos los aspectos de lo real, de las conexiones, ve «todo en todo» y a Dios en todo. A su vez, cuando mira a Dios, capta una luz que le sirve para comprender mejor todas las cosas y todas las dimensiones de la realidad” (ALVIRA, 2002, pp. 603-604).

Todo con un claro sentido apostólico y de servicio: “Urge difundir la doctrina de Cristo. Atesora formación, llénate de claridad de ideas, de plenitud del mensaje cristiano, para poder después transmitirlo a los demás. No esperes unas iluminaciones que Dios no tiene por qué darte, cuando dispones de medios humanos concretos: el estudio, el trabajo” (F, 841). Si se vive así se realizará lo que era uno de los grandes sueños de san Josemaría, que haya muchas personas con buena formación espiritual y con competencia en su propia tarea: “Un secreto. –Un secreto, a voces: estas crisis mundiales son crisis de santos. –Dios quiere un puñado de hombres “suyos” en cada actividad humana. –Después... “pax Christi in regno Christi” –la paz de Cristo en el reino de Cristo” (C, 301).

Voces relacionadas: Apostolado; Cultura; Educación y enseñanza; Formación; Consideración general; Unidad de vida.

Bibliografía: C, 332-359; José María ALBAREDA HERRERA, “La ciencia y la vida en el pensamiento del Profesor Albareda [Selección de textos del profesor Albareda realizada por *Nuestro Tiempo*]”, *Nuestro Tiempo*, 143 (1966), pp. 432-441; Rafael ALVIRA, “Educación y cultura en el pensamiento de Josemaría Escrivá de Balaguer”, *Anuario Filosófico*, 35 (2002) pp. 601-608; Antonio ARANDA, “Perfiles teológicos de la espiritualidad del Opus Dei”, *ScrTh*, 22 (1990), pp. 84-111; Carmen CASTILLO, “Un ejemplo de espíritu universitario”, en Luis Felipe CAPRILES (ed.),

Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad, Caracas, 2002, pp. 155-176; Urbano FERRER, “Carácter y autodomínio en las virtudes humanas”, *Anuario Filosófico*, 35 (2002), pp. 581-600; Antonio FONTÁN, “Josemaría Escrivá, universitario”, *Nuestro Tiempo*, 579 (2002), pp. 16-27; José Luis ILLANES, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, Madrid, Palabra, 2001¹⁰ rev. y act.; Alfonso NIETO, “La función social del trabajo universitario: una tarea a favor de la libertad”, *Nuestro Tiempo*, 304 (1979), pp. 305-311; Claudio RUIBAL, “El estudio en las enseñanzas de Josemaría Escrivá”, en *San Josemaría Escrivá, universitario. Homenaje de la Universidad de Montevideo en el Centenario de su nacimiento*, Montevideo, Universidad de Montevideo, 2002, pp. 65-71.

M^º Jesús SOTO BRUNA

ESTUDIOS Y TÍTULOS ACADÉMICOS DE SAN JOSEMARÍA

Los estudios académicos de san Josemaría pueden estructurarse en tres apartados: Enseñanza Primaria y Bachillerato, estudios eclesiásticos y carrera de Derecho, de los que damos aquí una visión sintética.

Los estudios de la infancia fueron los normales de la época. Entre los tres y los seis años, acudió al parvulario que regentaban en Barbastro las Hijas de la Caridad. Completó la Enseñanza Primaria, hasta los diez años, en el colegio de los Escolapios; allí cursó también los tres primeros años de Bachillerato, de los que se examinó en el Instituto de Huesca (1913) y en el de Lérida (1914 y 1915). Los tres cursos siguientes los estudió en el Instituto Sagasta de Logroño, ciudad a la que se había trasladado la familia Escrivá en verano de 1915.

En 1918, al terminar el Bachillerato, san Josemaría ingresó como alumno externo en el Seminario de Logroño. En los cursos 1918-19 y 1919-20 cursó el primer año de Teología, y realizó un repaso a las materias de Filosofía y Latín, que le habían sido convalidadas al haber completado

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.